

EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA  
ESPAÑOLA EN EL DESTIERRO

411

Menton 14 de octubre de 1956

Excmo. Sr. D. José Maldonado  
Paris

Querido amigo:

Es adjunta una copia de la carta que he dirigido a varios amigos de México. Cuando conozca la acogida que le concedan esos compatriotas, enviaré otros ejemplares a Buenos Aires, Chile, Ecuador, Perú, Uruguay, Cuba, Venzeuela, Costa Rica, Puerto Rico, Panamá y Brasil.

Este documento puede darlo a conocer a quien usted estime conveniente y reproducirlo si lo juzgara necesario.

Con todo afecto le saluda su buen amigo,

DIEGO MARTINEZ BARRIO

(es copia)

Paris, octubre de 1956

Sr. D.....

Distinguido amigo:

Me dispongo a entablar una batalla, quizás decisiva en los momentos actuales, y, probablemente, la última en lo que a mis actividades personales se refiere. Creo tener autoridad para iniciar la empresa, sin exhibir otro título que el de mi actuación pública a lo largo de mi ya larga vida; y añado que, aunque fuera discutida esa autoridad, no podría excusar el servicio, porque conjuntamente me lo imponen las necesidades de España y las conveniencias de la República.

Salvo el enemigo declarado, que es la dictadura franquista, yo no siento el deseo, ni tengo el derecho, de combatir contra nadie. La acción a que invito se dirige a nosotros mismos, a los republicanos, sea cual fuere su filiación y matiz, y va encaminada exclusivamente al examen de nuestras responsabilidades y deberes.

Pido a usted, y a todos, que se me oiga con serenidad y, si se despertara al conjuro de estas palabras un vendabal de pasión, con noble pasión.— Yo he terminado irrevocablemente mi carrera política, y al día siguiente de la liberación de España, reintegrado a España, no seré más que un español voluntariamente oscurecido, y dentro de la democracia republicana un afiliado sin cargo alguno.

Pero desde el día de hoy al del recobro de la libertad nacional queda todavía, desgraciadamente, un intervalo, y es durante ese trecho de camino cuando se precisa escuchar mi voz y atender mi consejo.

La España futura comienza a estructurarse. Lo ha hecho ya por sus extremos: en la derecha, el Movimiento demócrata cristiano; en la izquierda, el Partido socialista obrero y la CNT. Hablo de las que serán fuerzas gubernamentales, sin desconocer que al margen de ellas actúan los monárquicos y los comunistas, es decir la oposición declarada o larvada al régimen republicano. Pero entre la derecha y la izquierda existe un ancho campo, el del centro, mal definido en sus contornos y amenazado de posibles confusiones. ¿Quién o quienes pueden, por imperativos históricos o reales ocuparlo? Sólo una fuerza política, los republicanos. ¿Cuáles republicanos? Actualmente ha surgido una nueva corriente republicana, la que se denomina republicanismo presidencialista o autoritario.— Desagradable o grato, este hecho no puede sernos desconocido a los republicanos liberales. Haríamos mal en combatirlo; peor aun en desdeñarlo. Sin confundirnos unos y otros republicanos podemos prestar servicios útiles a la Patria y al régimen futuro; aquéllos, desde el centro derecha de las formaciones políticas; los de antigua data desde el centro izquierda. Bien equilibrados, daríamos a España lo que necesita y reclama: orden, libertad, prosperidad, respeto a todas las creencias y un fuerte avance social.

Los republicanos presidencialistas se disponen a asumir su función política, y lo harán con mayor o menor éxito, según el eco que levanten en la conciencia del país. Pues bien ¿y nosotros? ¿Y la democracia republicana definida y adoctrinada por los grandes maestros del siglo XIX? ¿Sería posible conservarla en el reducido cuadro de partidos esqueléticos,

que no responden ya a los apremios de las exigencias presentes? ¿En qué se diferencian los republicanos de Izquierda de los de Unión y unos y otros de los Federales? ¿Acaso el denominador político no es idéntico? ¿No persiguen los mismos fines? ¿No desembocan sus soluciones sobre las ideas comunes de justicia social, libertad política y libertad religiosa? Pues entonces ¿a qué se espera para fundir las diversas agrupaciones (por diversas, estériles) y constituir un solo partido republicano que recogería automáticamente las fuerzas ahora organizadas y la mayor muchedumbre de republicanos inclasificados, alejados de las viejas organizaciones?

Bastaría que éstas decidieran fusionar sus cuadros para producir el milagro de la unidad, con el consiguiente recobro de la autoridad y papel en la estructuración de la España inmediata. Exceptuadas algunas voces, más apasionadas que razonables, todos los republicanos estamos ligados por unos mismos sentimientos y propósitos: el de procurar que se restablezca la República a través de una consulta electoral; el de prometer solemnemente la renuncia al uso de la violencia; el de propiciar la promulgación de una Ley de amnistía, base de la reconciliación de los españoles, y el de restablecer en sus derechos administrativos y profesionales a cuantos fueron desposeídos o cesanteados por la dictadura.

¿Qué pueden dividirnos? ¿Los matices del programa político? Pues esa tarea quédese para el futuro, porque, siendo importante, es secundaria ante la urgente y primordial de sacar a España del atolladero.

Yo me dirijo a usted, como a muchos otros amigos y correligionarios pidiéndole que medite acerca de cuanto he dicho. El problema de las personas está superado. Los hombres que integran el Gobierno no pueden, por razón de sus cargos, dirigir el futuro gran gran partido de unidad republicana, y yo, salido de la impasibilidad que en tiempos normales es la norma, me acogeré seguidamente a la función temporal de árbitro simbólico.

Pero ahora debo hablar. Llamando a todos los republicanos cumplo mi obligación de buen español y de viejo militante. Muéveme un solo impulso: el de procurar que España se organice racionalmente con la colaboración de la democracia republicana. Hoy, siguiendo como vamos, se correría el riesgo de que los próximos actos de su gobierno se hicieran, SINO CONTRA NOSOTROS, SIN NOSOTROS.

Busque usted, amigo mío, dentro de sí mismo la inspiración de la conducta. Seguramente verá, con la claridad de su buen juicio, que ha llegado la hora para todos los republicanos de cobijarse bajo la misma bandera, idéntica disciplina y única y común dirección.

Muy afectuosamente le saludo,

Diego MARTINEZ BARRIO

Uy, 7 de Febrero

Querido Inigo:

Le envío, como le prometí,  
la copia de la carta de D. Diego. También le en-  
clavo la de la carta que me envió con ella, y  
aunque sé el que me autoriza para repro-  
ducir el documento creo que, por razones de  
eficacia, no es, por ahora, oportuno hacerlo.

Reciba un fuerte abrazo de

Unalbusal